

El único y real inconveniente que tiene la nueva sustancia, es el sabor que, digan cuanto quieran sus admiradores, es bastante distinto del de la manteca natural. No por ello deja de constituir la oleo-margarina una materia notable bajo el punto de vista de su constitucion, de su origen y de su modo de preparacion. Su descubrimiento honra al sabio químico que la ha producido, y que esperamos sabrá mejorarla, con gran ventaja de la alimentacion pública.

GASTON TISSANDIER.

LOS FUNERALES DE UN ROMANO.

I.

Tan acostumbrados estamos á enterrar los muertos, que nos cuesta trabajo pensar pueda dárseles cualquier otro destino. Las costumbres, sin embargo, en este punto se han diferenciado mucho y la consagracion que adquiere la práctica tradicional en cada pueblo, hace mirar con horror las demas prácticas. Cuando encontré Dario en la India una tribu que se comía los muertos, á los individuos de esta tribu no les indignó ménos la idea de quemarlos, que á los soldados de Dario el canibalismo indio. Aun despues que la vida ha desertado del cuerpo, los yertos despojos de los que hemos amado no nos son ménos queridos que cuando estaban animados por el aliento vital; pero la costumbre produce manifestaciones diversas de este sentimiento de cariño, y cada una de estas manifestaciones es una protesta inútil contra la ley inexorable que reduce el cuerpo del difunto á gases impalpables y á átomos de polvo.

Los egipcios embalsamaban sus muertos; los hebreos los inhumaban fuera de la vista de los vivos. Los griegos inhumaban unas veces y otras quemaban. Este último procedimiento se generalizó con los progresos de la civilizacion. Los persas, si damos crédito á las alusiones de sus primeros historiadores y al aserto de sus historiadores más recientes, depositaban sus muertos en la techumbre de un edificio donde los abandonaban á las aves de rapiña y á los vientos del cielo. Inhumar, quemar, embalsamar, tales son las tres grandes alternativas adoptadas por la humanidad para disponer de los muertos. La posicion del difunto en la inhumacion ha sido diversa segun los pueblos: unos han creído conveniente inhumar de pié; algunas tribus de pieles-rojas los colocan sobre ramas de un árbol, y los etiopes sobre una losa de cristal. Los pueblos marítimos han honrado algunas veces á sus jefes, colocando con grandes ceremonias el cadáver en un buque, al

cual ponían fuego y abandonaban á las olas. Algunos de estos pueblos escogían para dichos funerales rios sagrados, y otros el mar. Hay pueblo que abandona los cuerpos muertos hasta que desaparece la carne, y sólo entierra los huesos. Los hay tambien, que, separando la carne de los huesos inmediatamente despues de la muerte, visten y adornan el esqueleto. Enterrar á un hombre vivo todavía era en una tribu de América prueba de afecto, y en otra tribu no ménos bárbara esta prueba de afecto consistía en dejar al moribundo expuesto á que le devorasen las fieras.

Herodoto refiere que en su tiempo existía una tribu, en la cual, cuando uno enfermaba, sus más íntimos amigos iban á decirle que la dolencia iba á estropear su carne, y por más que el enfermo protestase y asegurara que se encontraba bien, se le mataba y se le comía, (Thalia, 99).

Imposible es clasificar estos horrores entre los diversos modos de sepultura, y no hablaremos de esas tribus que *se beben* sus muertos, despues de reducirlos á cenizas. Baste decir que no hay costumbre funeraria, por rara y repugnante que sea, que no haya sido adoptada por alguna de las variedades del hombre salvaje.

En los pueblos civilizados, los dos procedimientos funerarios han sido la cremacion y la inhumacion; el último comprende el embalsamamiento. No creemos que el primero caracterice á las razas arianas y el segundo á las semíticas. Aunque Luciano llama á la inhumacion *costumbre de los bárbaros* y á la cremacion *costumbre de los griegos*, es innegable que ambos procedimientos se usaron alternativamente en Roma y en Grecia. La inhumacion es, al parecer, la primera sugestion de respeto que el muerto inspira á sus parientes y á sus amigos, quienes más tarde consideran mejores medios de conservar sus restos el embalsamamiento ó la cremacion. Los egipcios preferían el embalsamamiento para preservar los cuerpos de las fieras y de los gusanos, considerando el fuego un medio destructor. Los griegos, por el contrario, veían en la cremacion un medio de conservar cuanto podía sobrevivir materialmente al hombre mortal, depositando sus cenizas en ricas urnas. Interesa, pues, recordar lo que sucedía á nuestros antepasados en la civilizacion, los griegos y los latinos, en la última triste despedida de algun amigo querido. Vamos á describir las ceremonias de las honras fúnebres en el pueblo que, de los dos citados, nos es más conocido.

II.

Estamos en Roma en los primeros años del imperio, y ha trascurrido una semana desde el fallecimiento de Cayo Cornelio Scipion. Su cadáver

está expuesto en el vestíbulo de su casa sobre el Palatino, una de las últimas residencias senatoriales sobre la colina que el emperador desea apropiarse. En este vestíbulo están las estatuas de los hombres ilustres de la familia, que ven allí inmóvil y mudo como ellos, el que ha ido á unirse á sus ilustres antepasados (*ad majores*). Su hijo Lucio, arrodillado próximo al cadáver, ha recogido en un beso de supremo adios el último suspiro y quitado el anillo de su dedo. Este anillo se le vuelve á colocar en el momento de las honras. Los parientes, en la habitacion mortuoria, han exhalado un gran clamor con la vana esperanza de reavivar al difunto si no ha sucumbido al sueño final. Esta exclamacion de duelo ha proporcionado á la lengua latina la palabra *conclamatio* para hacer constar que todo ha concluido. Entre tanto un mensajero ha ido á avisar á los *libitinarii* (1), los empleados de pompas fúnebres. Los criados de la casa lavan el cuerpo con agua caliente, y á su vez los *libitinarii* lo bañan en agua perfumada, derraman sobre él pomadas olorosas y lo visten con la *toga pretexta*, traje oficial de la muerte como de la vida para los personajes consulares. Conforme á una costumbre secular se pone una moneda en la boca del muerto para pagar el paso de la Stigia. La frente está adornada con una corona de laurel, ganada por Cornelio en los campos de batalla. El vestíbulo está lleno de flores y de hojarasca; un ramo de ciprés, plantado al lado de la puerta exterior, sirve de invitacion para entrar á los amigos, y de advertencia para los que por motivos religiosos no pueden entrar en una casa donde está expuesto un cuerpo muerto. Durante siete dias los clientes afligidos van á ver por última vez el rostro de su patrono y á pagarle el tributo de sus respetos: ellos con sus parientes son los que trasportan el cadáver fuera de la ciudad hasta la pira funeraria y los que depositarán la urna que contenga sus cenizas en el mausoleo donde están las urnas de los héroes de su raza.

Un heraldo ha recorrido la ciudad para convocar á los que quieran formar parte del cortejo, porque el que ha muerto no es un oscuro ciudadano; Roma le conocia bien, y hay seguridad de que su familia le hará honores correspondientes á su rango. Y no se verificarán éstas de noche, como las de cualquier pobre plebeyo que parte para el *gran viaje*, sino que se harán con todas las solemnidades que puedan exigir los ministros de la diosa Libitina.

Desde por la mañana se le ve á la puerta de la casa, vestidos con trajes de duelo, llegando despues los que arreglarán el órden y las filas de la procesion de acuerdo con los agentes de la policia. Va á empezar la marcha, porque los parientes más inmediatos colocan el cuerpo del difunto en el ataud, que no es, como equivocadamente se cree, una suntuosa litera de marfil, sino de madera esculpida con ricos cortinajes. A una señal dada, los parientes y los clientes la ponen sobre sus hombros, y seguidos de largo cortejo, la trasportan al lugar donde está la pira, no léjos de la sepultura de la familia.

Al frente de la procesion van los clarines que hacen vibrar el aire con melancólicos sonidos; preceden á las mujeres, quienes celebran en elegiacos cantares las virtudes del difunto; detras de las cantoras van los actores asalariados, recitando versos apropiados á las circunstancias; el jefe ó principal actor representa por medio de una pantomima muda las acciones que más fama dieron al difunto (1).

Pero ¿quiénes son los personajes que van detras de los actores? ¿Han resucitado los muertos para rendir homenaje á sus descendientes? No; son otros actores que llevan sobre su rostro máscaras de cera modeladas sobre los bustos del gran vestíbulo de la casa del difunto, y vestidos con los trajes que representan á los vencedores de las guerras de Apulia y de Samnium, de las Galias y de Cartago. Entre estos personajes los espectadores reconocen á Scipion, el más famoso de todos, que en la historia conserva el nombre de Africano, al que conquistó el nombre de Asiático combatiendo á Antioco; al que reunió el valor del romano á la ciencia elegante del griego; al austero patriota que aprobó la muerte de sus propios parientes acusados de usurpacion; al que una maestra pluma confirió segundo titulo de inmortalidad, como el amigo de Lelio. Y no son éstos los únicos que, famosos en vida y sobreviviendo en la memoria de los romanos, honran con su presencia las exequias de Scipion. Ninguna familia cuenta tantos hombres ilustres.

Hasta ahora la comitiva es puramente teatral. Vienen despues los esclavos emancipados por la liberalidad testamentaria del difunto; liberalidad que es testimonio de recíproco afecto del amo y sus servidores, y no ostentacion orgullosa como la de esas almas vulgares que emancipan numerosos esclavos á costa de sus herederos; por eso

(1) Libitina, confundida algunas veces con Proserpina, era la divinidad de los funerales, y su templo en Roma depósito de accesorios de las ceremonias fúnebres. El principal funcionario de las pompas fúnebres se llamaba Libitinarius. Tenia, como es natural, empleados subalternos.

(1) El articulista omite otro actor que acaso no era admitido en todas las ceremonias fúnebres; el archimimo ó bufon que imitaba cómicamente el aspecto, los gestos y las maneras de quien los actores serios figuraban ser un personaje hérdico. Era la parodia al lado de la apoteosis.

se ven en sus ojos verdaderas lágrimas y verdadera aflicción en su semblante.

Esta expresion de duelo sincero es tambien la del mayor número de los parientes y amigos de ambos sexos que siguen inmediatamente al féretro. Los hombres van vestidos de negro, las mujeres de blanco, innovacion reciente que da ocasion á observaciones criticas. Las mujeres llevan la cabeza descubierta y los cabellos sueltos, y caminan golpeándose el pecho. Los hombres cubren su cabeza con un velo.

¡Qué afluencia! Allí se ven todas las clases de la poblacion de Roma. El Senado completo; los simples conocidos del difunto van mezclados á sus amigos, algunos por satisfacer sencilla curiosidad, pero el mayor número deseosos de honrar en la muerte al que por tanto tiempo honraron en vida sin acercársele.

La comitiva entra en el Foro y en medio de aquel grande espacio, donde la justicia se administra al aire libre, se detiene, sentándose en semicírculo los representantes de los antepasados en las sillas de marfil de los magistrados. Publio, el sobrino de Cornelio, orador famoso, aparece sobre los rostros para pronunciar el panegírico de su tío. Refiere extensamente toda su vida tan laboriosa; su juventud consagrada al estudio y á los ejercicios militares; su edad madura empleada en combatir á los enemigos de Roma ó en mantener el orden en la ciudad; empresa más fácil desde que el emperador ha venido y sometido á todos los facciosos del interior. Publio habla de su piadoso respeto á los dioses; de su amor á su esposa y á sus hijos, de su celo para con sus clientes y de su bondad con todos aquellos que con él estaban relacionados.

«En toda cosa, dice, se muestra digno de su ilustre origen, digno de sus abuelos, cuyas efigies están aquí presentes, larga fila de grandes hombres que hicieron la grandeza de la república.»

El sentimiento que experimentaban los ciudadanos de Atenas al oír celebrar los nombres de aquellos griegos que habían combatido en Marathon, lo experimentaban tambien los ciudadanos de Roma, á quienes un orador recordaba las gloriosas empresas de los Scipiones.

Despues de este alto en el Foro, vuelve á ser colocado el féretro sobre los hombros de los que comparten el honor de llevarlo, y sigue la marcha al traves de las calles de la Ciudad Eterna, pasando por la famosa puerta Capena, y siguiendo la via Apia. Ordinariamente muchos de los que van en la comitiva se separan de ella al llegar á la puerta Capena; pero en el caso actual tienen poco trecho que andar, porque el sepulcro

de los Scipiones está próximo, á uno de los lados de la via Apia. No ha disminuido, pues, mucho la afluencia de gente cuando se llega al sitio donde hay una gran pira, compuesta de gruesos trozos de madera, entremezclados con diversas materias inflamables, y que por su forma cuadrilonga parece altar dedicado á los poderes invisibles.

Una cortina de cipreses trasplantados con motivo de la ceremonia, esparcen lúgubre sombra. Sobre aquella pira se coloca el féretro con todos sus magníficos adornos. Se vierten sobre él abundantemente los más preciados perfumes, nardo, incienso y todas las esencias odoríficas que producen Palestina y Siria, Arabia y Cilicia.

Todo está dispuesto, y Lucio Scipion se acerca. Al verle, las mujeres dan agudos gritos, y pueden notarse las lágrimas en los ojos del jóven, porque vuelve la cabeza para no ver la pira al tiempo de prenderle fuego con la antorcha que en su mano temblorosa lleva. Sube rápidamente al cielo la llama, exhalando torbellinos de vapor oloroso, y cuando llega al cuerpo redoblan los lamentables clamores de las mujeres. Los hombres guardan silencio. No se verifican juegos fúnebres mientras que el fuego consume al difunto. Sus parientes no han adoptado la bárbara costumbre de arrojar sobre la pira las armaduras, los vestidos y otros objetos del muerto para que sean quemados con él. La multitud permanece de pié, inmóvil y en muda actitud de dolor.

Poco tiempo basta para reducir á cenizas los restos mortales entregados á un fuego que mantienen materias resinosas; y cuando sólo quedan algunos calcinados tizones, la multitud se dispersa, dejando á la familia realizar los últimos ritos de la ceremonia. Los humeantes tizones son apagados con vino, y se dirige una invocacion solemne al alma del difunto. Los que intervienen en ella se lavan en seguida las manos con agua pura y recogen los huesos, fáciles de distinguir entre las negras cenizas que los cubren.

Estas preciosas reliquias, rociadas primero con vino y despues con leche, las secan con un lienzo de lino y las colocan en una urna de alabastro perfumada, la cual ocupa en el sepulcro el nicho que le estaba destinado. Alrededor de este sepulcro hay nichos semejantes, cada cual con su inscripcion, como en los cementerios modernos (1).

Terminada la ceremonia, la familia se despidió del muerto con esta piadosa frase: «paz al lugar de tu reposo.» Un sacerdote, á la entrada del monumento, rocía tres veces agua lustral sobre los que de él salen, para purificarles de toda mancha

(1) De aquí procede el nombre de *Colombarium*.

producida por el contacto del cuerpo, y les despiden con la antigua fórmula: *Ilicet*; «podeis partir.»

La familia y los parientes se retiran tranquilamente por la Via Apia, cuyas márgenes están sembradas de sepulcros, como de quintas las inmediaciones de una ciudad moderna. Encuentran y las calles de Roma con su habitual aspecto. Al llegar al dintel de la casa del difunto son por segunda vez purificados por medio del agua y del fuego, rociándolos de agua y pasando por debajo de una llama. Durante nueve días vivirán aparte llorando al que no existe; el noveno ofrecerán un sacrificio á los dioses de la morada sombría, y darán un gran banquete fúnebre, al que asistirán vestidos de blanco todos los convidados. Acaso haya también juegos públicos y combates de gladiadores, con distribución de alimentos al populacho. Hecho lo cual, la familia volverá á sus ocupaciones habituales, quitándose los hombres el traje de luto, llevándolo las mujeres algún tiempo más, y la viuda probablemente un año. No por ello será olvidado el difunto; de vez en cuando llevarán flores y perfumes al mausoleo, encendiendo en él lámparas para iluminar la oscuridad sepulcral, y en las épocas conmemorativas se reunirán en banquetes los parientes y amigos vestidos de luto.

Así eran los funerales en la antigua Roma; pero entiéndase que sólo los de la aristocracia se celebraban con esta solemnidad y esplendor: los *libitinarii* encargados de las pompas fúnebres los distinguían en dos clases, designando á cada una por su nombre propio. Los de los pobres se hacían generalmente de noche, y es probable que los romanos tuviesen piras comunes como tenemos nosotros la fosa comun. Cuando el difunto era joven desaparecían muchos detalles de la ceremonia, y los niños no eran quemados sino inhumados.

El lujo de los funerales provocó leyes suntuarias especiales. La ley de las Doce Tablas autorizaba tan sólo diez músicos y tres lloronas asalaradas; prohibía los perfumes vertidos sobre el fuego, y el empleo del oro en los accesorios ó decoración del féretro; prohibición tan terminante, que sólo exceptuaba los cuerpos cuya dentadura había sido orificada. Mientras la cremación fué el modo popular de sepultura, estas leyes fueron con frecuencia violadas ó eludidas.

Con la introducción del cristianismo se fué abandonando poco á poco la cremación, y hacia el siglo IV la inhumación la había reemplazado; lo cual se explica por el origen hebreico de la nueva religion, y sobre todo por la creencia, muy esparcida, de la segunda venida del Mesías inmediato. La mayoría de los primeros cristianos

creían que los cuerpos confiados á la tierra resucitarían, y serían purificados de las manchas de la muerte el día de la resurrección universal. Inútil es decir que esta opinión se opone directamente á la enseñanza de la primera epístola de San Pablo á los Corintios, donde el apóstol dice de un modo positivo que no sabemos en qué cuerpo serán resucitados los muertos. La experiencia de los siglos ha revelado á los hombres el verdadero sentido de este sublime pasaje del apóstol. Rápida y cierta es la destrucción de nuestra forma mortal que entregamos á la llama devoradora ó la tierra corruptora, y al cabo de cien años poco importa saber cuál ha sido nuestra sepultura. Los átomos que componen nuestro cuerpo habrán sido disueltos y desparramados en mil lugares, tomando nuevas formas y siendo partícipes de otros organismos. Lo que hoy llamamos nuestro cuerpo se compone de lo que hace siglos formaba acaso el cuerpo de otro hombre. La naturaleza economiza sus materiales y los emplea más de una vez, pero el cuerpo *espiritual* que esperamos revestir el día del juicio universal, es distinto del cuerpo natural. En la resurrección futura no será dado ni recibido el maridaje; las distinciones de la vida mortal se perderán. Hemos llevado en la tierra «la imagen terrestre; en el cielo llevaremos la celestial, según la expresión del apóstol.» ¿Qué llegaremos á ser? Lo ignoramos, pero al ménos no estaremos en esta prisión de nuestros sentidos encadenados por condiciones corporales. En la seguridad de esta creencia contemplamos sin temor la disolución inevitable de nuestra carne precedera; sus átomos desaparecerán en el Océano de la materia, como nuestro aliento desaparece en el Océano del aire; porque las leyes físicas que rigen ese remolino kaleidoscópico de átomos y de organismos, esperan la voluntad de Aquel que nos ha prometido una felicidad inmortal, sin que el corazón del hombre pueda concebir lo que Él prepara á aquellos que le aman.

Fraser Magazine.

En una obra del cirujano A. Walker se leen los siguientes detalles que completan los del artículo del *Fraser Magazine*:

Los primeros romanos conservaron durante algún tiempo la costumbre natural de inhumar sus muertos, y los inhumaban en la misma ciudad con el derecho de construir los sepulcros de familia en sus casas de campo.

Numa fué enterrado sobre el monte Janículo que no estaba entonces comprendido en el recinto de la ciudad. Los reyes sucesores de Numa tenían sus sepulcros en el Campo Marcio, situado entre

la ciudad y el Tíber. Las vestales gozaban el privilegio de ser inhumadas en la ciudad. Las que habían violado su voto de castidad eran enterradas vivas en un campo llamado *Campus Sceleratus*.

La ley de las Doce Tablas prohíbe expresamente inhumar ó quemar ningun cuerpo muerto en el recinto de Roma. *Hominem mortuum in urbe ne sepelito neve urito*, términos que demuestran claramente que desde el siglo IV de la república, los romanos adoptaban indiferentemente la cremación ó la inhumación. (Muchas familias ilustres jamás adoptaron la costumbre de la cremación. La familia Cornelia, por ejemplo, continuó inhumando sus muertos hasta la época de Sila, el primero de su familia que ordenó que su cuerpo fuese quemado, por miedo sin duda de que con él hicieran lo que él había hecho con el de Mario). Las sepulturas declaradas inviolables y sagradas eran protegidas por leyes especiales, y el respeto religioso estaba de acuerdo con estas leyes.

Bajo el consulado de Duilio, las familias más ilustres tenían las sepulturas en sus posesiones, y tal fué la extensión de los campos consagrados á estas sepulturas, que los magistrados creyeron necesario limitarla por interés del cultivo de la tierra. Los sepulcros fueron entonces construidos á lo largo de las avenidas y de los caminos que conducían á la ciudad. Allí se encuentra lo que queda de los sepulcros de los Metelos, de los Claudios, de los Scipiones, de los Valerios, de los Servilios. Los nombres de Vía Aurelia, Vía Flaminia, Vía Lucilia, Vía Apia y Vía Julia, etc., provienen de estas sepulturas. Muchas familias, sin embargo, preferían para sus muertos la *Collis horticultorum*, algo más arriba del Campo Marcio. La clase plebeya tenía también terrenos de cremación y de sepultura. (*Hoc misera plebi stabat commune sepulcrum*, dice Horacio.) Estos terrenos conocíanse con el nombre de *puticuli*, bien porque fuesen cavidades abiertas como pozos, ó bien á causa del horrible olor que esparcían por las inmediaciones; lo cierto es que consistían en hoyos donde eran arrojados los cuerpos de los plebeyos. Los sitios donde los romanos quemaban los cadáveres se llamaban *ustrina*. Los *puticuli* estaban primitivamente en la colina Esquilina; pero esta fosa comun de Roma no existía ya cuando escogió Mecenas dicha colina para sitio de su sepulcro; más tarde tuvo también allí Horacio el suyo, próximo al de su amigo el favorito de Augusto. La donación de estos terrenos para el pueblo era una de las liberalidades con que los ciudadanos ricos adquirían los sufragios. La generosidad de los pontífices procuraba á los pobres

funerales gratuitos, y esta era una caridad, como las exequias á costa de la república eran un honor para un ciudadano rico.

Cuando casi todos los sepulcros estuvieron fuera de los muros, el privilegio de ser inhumado dentro del recinto de Roma era una excepción en favor de las Vestales, de los generales que habían obtenido los honores del triunfo, de los sacerdotes y de los servidores de un templo. Este privilegio llegó á ser una distinción muy codiciada, aunque algunos Césares tuvieron sus sepulcros fuera de Roma, Domiciano en la Vía Latina, Septimio Severo en la Vía Apia, y otro emperador en la Vía Lavinia.

Pródigamente concedido después dejó este privilegio de ser deseado, y para detener al mismo tiempo el abuso, Antonino Pio, prohibió la sepultura en lo interior y hasta en los arrabales de las ciudades de su vasto imperio.

Casi en la misma época cesó también la costumbre de embalsamar á los muertos.

En tiempo de este emperador, la costumbre de quemar los muertos era ya ménos comun, pero no cesó por completo hasta la época del emperador Graciano.

Revue Britanique.

SAKÚNTALA,

DRAMA EN SIETE ACTOS

DEL POETA INDIO KALIDASA.

ACTO CUARTO. *

INTRODUCCION.

Entran las dos amigas Anasúya y Priyanvadá haciendo como si leyesen en flores.

ANASUYA. Amiga Priyanvadá, mucho ha celebrado mi corazón el que Sakúntalá se haya unido en dulce himeneo, al modo de los Gandharvas, con un esposo digno de su mérito y nobleza; mas no puedo echar de mí cierta inquietud que me hace temer por las consecuencias.

PRIVANV. ¿Cómo así? Explicáte.

ANASUYA. Hoy mismo, terminado el sacrificio, se ha despedido el príncipe de los sabios Rishis. Llegado que sea á la ciudad, se presentará á las bellas damas de su rico harem, y quién sabe... tal vez no conservará memoria de sus compromisos y olvidará por completo á nuestra amiga y su esposa.

PRIVANV. Ten confianza. No juegan así con la virtud y el honor varones tan ilustres como el rey Dushyanta. Pero lo peor del caso es que no sabemos cómo el Maestro interpretará el hecho luego que le conozca.

ANASUYA. En mi opinion, otorgará su asentimiento á todo.

* Véanse los números 40, 41 y 42, páginas 153, 184 y 215.